

LA GUERRA HISPANO-ARGELINA DE LOS 300 AÑOS

Mariano JUAN Y FERRAGUT



Introducción



En los anales de la Historia, algunos conflictos son conocidos por su duración en años. Así, tenemos la Guerra de los Siete Años, otra de los Treinta Años e incluso una de los Cien Años. Pero en el presente trabajo nos ocuparemos de otra más larga, una de trescientos años. Una guerra sangrienta y costosísima, a la vez poco divulgada y valorada, fue la que España mantuvo con Argel —y en general contra los corsarios turcos/berberiscos—, la más larga que ha librado nuestra nación. Se inició en 1492, tras la toma de Granada, y debía haber finalizado con el tratado de paz hispano-argelino de 1786, pero posteriormente, en 1822, Argel declaró la guerra a España y hasta 1827 no se logró la paz. Y conse-

guirla fue un proceso que duró más de 60 años, lo que no nos debe extrañar, pues es bien sabido que toda negociación con los islámicos suele estar erizada de dificultades, interrupciones, silencios y afirmaciones poco claras. Son duros compromisarios, con los que siempre se debe adoptar un tono amistoso, evitar cualquier tipo de enfrentamiento y tener paciencia, pues las decisiones no las toman apresuradamente y su concepto del tiempo es diferente al de Occidente. En esa secular contienda, hubo un período de grandes luchas cristiano-musulmanas o, si se prefiere, Este-Oeste, lideradas por el sultán otomano y el rey de España. Esta gran guerra, en la que se enfrentaron portentosas escuadras de galeras, se inició en 1538 con el desastre de Prévèza, y su desenlace se decidió el día 7 de octubre de 1571, en aguas del golfo de Lepanto, donde la Santa Liga, liderada por Juan de Austria, derrotó a los otomanos.



La rendición de Granada, pintada por Francisco Pradilla y Ortiz, donde muestra al sultán Boabdil entregando la ciudad a los Reyes Católicos. (Foto: www.wikipedia.org)

Gracias a la rotunda victoria naval de Lepanto, Europa se salvó de los turcos y se frenó su expansión en el mar Mediterráneo, siendo la primera de las grandes batallas libradas tras la aparición de la imprenta, lo que propició la rápida difusión por todos los confines del mundo. Esa gran victoria no terminó con los corsarios berberiscos, en especial con los que operaban desde Argel, ciudad que España fue incapaz de conquistar, fracasando todos los intentos a lo largo de tres siglos.

El presente trabajo es nuestra modesta aportación en este número de la REVISTA dedicado al 450 aniversario de la batalla de Lepanto, siendo el telón de fondo del relato el mar Mediterráneo, cuyo significado, el «mar en medio de las tierras», hace referencia a su carácter cerrado y proclive a la vecindad. De hecho, desde la Antigüedad hasta avanzada la Edad Moderna ha sido el crisol donde se gestó la mayor actividad económica, política, social y cultural, estando las costas de sus países ribereños unidos por mar, medio que siempre ha sido un elemento integrador y por el que no solo circulan mercancías, sino personas que propician el cruce de culturas. En resumen, un universo entremezclado y articulado pues, si bien en teoría existía una frontera entre el islam y la cristiandad, esta era permeable gracias a las embarcaciones que lo surcaban, principalmente galeras, con su privativo mundo, y jabeques. Un variopinto crisol constituido por diversos grupos humanos con una lengua franca, que

fueron los actores de esa guerra de tres siglos: mercaderes y gente de mar, cristianos y musulmanes, moriscos y judíos en ambas riberas, cautivos o esclavos, forzados y renegados, órdenes redentoras: mercedarios y trinitarios, y una maraña de espías, en especial en la red creada por Felipe II.

España y Portugal y sus zonas de influencia en el Magreb

Hasta el siglo XVI, la península ibérica fue prácticamente ajena a los acontecimientos centroeuropeos, mientras que a través del estrecho de Gibraltar —apenas ocho millas la separan de África— se sufrieron cuatro invasiones musulmanas. La primera de Tarik, en el año 711, a la que siguieron la de los almorávides, almohades y benimerines.

De los tres grandes reinos peninsulares, Aragón fue el que antes completó la Reconquista, siguiéndole Portugal. La vía de expansión del primero fue el Mediterráneo —Córcega, Sicilia, Nápoles, Túnez...—, y en 1311 los legendarios almogávares de Roger de Flor, al grito de ¡Aragón y despierta ferro!, marcharon en ayuda de Bizancio para frenar el avance turco en Asia Menor, haciéndose con los ducados de Neopatria y Atenas, que mantuvieron para aquella corona más de 70 años.

Portugal, por su parte, en 1415 se apoderó de Ceuta y se expandió por el territorio del actual Marruecos. Tales conquistas provocaron protestas de Castilla, como las de Alonso de Cartagena en el Concilio de Basilea, donde argumentó que la Mauritania Tingitana debía pertenecer al rey castellano, el sucesor de los reyes godos, de quienes en su día dependió esa región norteafricana. Es decir: se veía con malos ojos que Portugal tuviera derechos de conquista de las costas norteafricanas situadas frente a las andaluzas, cortando a Castilla sus posibilidades expansivas hacia el sur.

En las disputas por la primacía en África, Portugal contó con el apoyo del papa Nicolás V, que promulgó la Bula *Romanus Pontifex* (1454). Tal privilegio portugués fue sancionado en el Tratado de Alcazobas, en el que se reconoció a Castilla la soberanía de las islas Canarias y a Portugal la exclusividad de la conquista del Reino de Fez. Sin embargo, en 1494 se firmó el Tratado de Tordesillas, que autorizaba a los Reyes Católicos para hacerse con Melilla. Al año siguiente, la Bula *Ineffabilis* del papa Alejandro VI reconocía a la Corona Hispánica los territorios que pudieran conquistar del norte de África, y así en 1497 se tomó Melilla.

Por otro lado, Portugal protestó por la toma española del peñón de Vélez en 1508 por estar ubicado en su zona de influencia, pero tal ocupación fue reconocida por el Tratado de Cintra de 1509.



(Mapa facilitado por el autor)

La ampliación de las fronteras de Castilla allende la mar

Castilla, el reino más potente de la Península, mantuvo la frontera con el Reino de Granada prácticamente inalterable durante más de dos siglos. Incluso se ha afirmado que si se reactivó la Reconquista para recuperar el Reino nazarí, se debió a que tras la caída de Constantinopla (1453) resurgió en la cristiandad el espíritu de cruzada. Sea como fuere, Castilla fue la última en completar la Reconquista y en ampliar sus fronteras allende la mar. El papa había reconocido a Portugal su derecho para conquistar el Reino de Fez y a España el de Tremecén.

En 1497, fuerzas del duque de Medina Sidonia mandadas por Pedro de Estopiñán, inicialmente preparadas para el tercer viaje de Colón, ocuparon Melilla, que había sido abandonada por sus moradores hartos de ser raziados por las tropas y mesnadas de los soberanos de Fez y Tremecén pues, al estar en la zona fronteriza entre los dos reinos, ambos monarcas se la disputaban como propia de sus dominios. La conquista española de la antigua Rusadir no fue del agrado de Cristóbal Colón, que estaba alistando los preparativos de su tercer viaje y haciendo frente a las dificultades para reclutar gente. Por ello,

protestó aduciendo su alto costo, su escaso provecho militar y las malas condiciones del puerto de Melilla, neutralizado por los vientos de levante.

En 1509, apenas muerta Isabel la Católica, el cardenal Cisneros, de acuerdo con el testamento regio —«... que no cesen de la conquista de África, e de puñar por la fe contra los infieles»—, conquistó el puerto más importante del Reino de Tremecén, Mazalquivir, y la ciudad aledaña de Orán. Siguió Bugía por Pedro Navarro, quien también consiguió el vasallaje de Argel, Túnez y Mostagán. Y después de conquistar Trípoli marchó contra Los Gelves, un verdadero nido de piratas —entre ellos los que se convertirían en los famosos hermanos Barbarroja—, donde esperó a ser relevado por García de Toledo, que al frente de una importante fuerza expedicionaria sufrió el primer descalabro español en el norte de África, y no sería el último, pues Los Gelves junto con Argel, fueron las dos «bestias negras» de nuestra política norteafricana.

Los frentes geoestratégicos de España en el siglo XVI y la imparable marea expansionista turca

España se encontró con dos frentes, el Atlántico y el Mediterráneo, siendo nuestro principal objetivo detener la amenaza del sultán de la Sublime Puerta, que intentó someter a Europa mediante un doble envolvimiento o pinza, la del eje del Danubio por tierra y la del mar Mediterráneo por el norte de África, aliándose con la endémica piratería norteafricana, que tras la conquista de Granada se convirtió en un pujante corsarismo berberisco. Y en el intento, el sultán otomano incluso se vio apoyado por el rey Francisco I de Francia, pertinaz enemigo de Carlos I.

El futuro emperador ocupó el trono de Castilla en 1516, y cuatro años después accedió al sultanato Solimán I, que llevó al Imperio turco a su máxima expansión, abarcando desde Hungría hasta Persia y desde el Yemen hasta las estepas rusas al oeste del mar Caspio, consiguiendo que la marea expansionista otomana pareciera imparable. En 1521, el Magnífico conquistó Belgrado y al año siguiente la isla de Rodas de los caballeros de la Orden de San Juan. En 1529, asedió Viena y, al siguiente año, Carlos V cedió la isla de Malta —así como Trípoli— a la Orden de San Juan, que pasó a denominarse Orden de Malta.

España acudió al auxilio de Viena, ciudad que, según Vicens Vives, ocupa la situación estratégica más privilegiada de Europa, ya que el centro de nuestro continente es una gran llanura con dos principales cuencas hidrográficas: la del Rin, el gran río occidental, y el Danubio, el gran río oriental. Todos los grandes acontecimientos europeos han girado alrededor de estos ejes estratégicos. Y en Viena «coinciden las dos grandes diagonales geopolíticas europeas: NO. a SE., del mar del Norte al mar Negro, y NE. a SO: del mar Báltico

al Adriático». Y al mismo tiempo que fuerzas imperiales socorrían Viena, paraban al fiero turco en Lepanto.

Argel, principal puerto de los corsarios berberiscos

A finales del siglo xv la costa de Berbería, situada en la parte del levante del Magreb, albergaba numerosos enclaves portuarios cuyo medio de vida era el corso. Los corsarios berberiscos, que mantenían contactos con los moriscos de la península ibérica, asaltaban nuestras costas cautivando a sus gentes y bienes, así como a las embarcaciones del tráfico marítimo cristiano. Tal situación quizás fue motivada como una reacción en contra del trato que recibían los musulmanes que, tras la conclusión de la Reconquista, permanecían en suelo español, pues las capitulaciones de la rendición del Reino nazarí solo fueron respetadas siete años, ya que a partir de 1599 los Reyes Católicos ordenaron a Cisneros una política más firme y el cardenal impuso unas medidas represivas que, prácticamente, anularon la mayoría de los derechos que se les habían garantizado.

Argel, sin duda, fue la más destacada no solo por el gran número de corsarios que acogió y sus enormes pillajes a lo largo de casi tres siglos, sino también por el modelo de sociedad que forjó, pues casi la mitad de su población estaba formada por esclavos.

El rey de Argel, así como el de Túnez, a raíz de las fulgurantes conquistas de Pedro Navarro, se declaró vasallo del monarca español y en 1510 admitió que los españoles ocuparan y fortificaran el llamado Peñón de Argel, un pequeño islote frente a la bocana de aquel puerto guarnecido por un destacamento español.

Posteriormente, en tiempos de Carlos V, Argel se convirtió en el centro político más importante del Mediterráneo occidental gracias a los botines de sus corsarios, cuyo número se incrementaba por la emigración a Berbería de los moriscos peninsulares, así como por el protagonismo de una casta peculiar: los renegados cristianos convertidos al islam. En el primer tercio del siglo xv, a las referidas circunstancias se unieron la toma del poder por los hermanos Barbarroja y la integración de Argel en el Imperio otomano, si bien la soberanía de la Sublime Puerta sobre las regencias berberiscas, en la práctica, fue más nominal que efectiva.

Los hermanos Barbarroja

Los cuatro hermanos Barbarroja eran hijos de una esclava y un alfarero albanés que, tras renegar del cristianismo, se habían asentado en la isla griega de Lesbos. Aruj, el hermano mayor, fue el primero que se lanzó a piratear,

siendo capturado en 1503 por la Orden de San Juan, entonces asentada en Rodas, pasando dos años como galeote hasta que logró escapar. En 1510 se hizo con la isla de Los Gelves, frente a la costa oriental tunecina, también conocida como Yerba o Djerba. Tras sus exitosas presas, los Barbarroja, asociados con el dey de Túnez, atacaron las plazas españolas del norte de África, y en la de Bujía, Aruj perdió un brazo. Pero su gran oportunidad le llegó en 1516, cuando el rey argelino le pidió ayuda para expulsar a los soldados españoles del Peñón de Argel. Aruj acudió presto pero, en vez de combatir a los españoles a la primera oportunidad, estranguló al dey y suprimió violentamente a sus opositores.

La isla de Malta: su importancia por su situación estratégica y por albergar a la Orden de San Juan

Dotada de excelentes puertos naturales, situada estratégicamente al sur de Sicilia y casi equidistante de las costas libia y tunecina, Malta controla las rutas comerciales entre el mar Mediterráneo Occidental y el Oriental, así como las que unen la península itálica y el norte de África.

En 1282 Malta pasó a formar parte de la Corona de Aragón. Tras la unificación de los Reyes Católicos, pasó a depender, dentro de la Monarquía Hispánica, de la Corona de Nápoles.

En 1530, Carlos V cedió a perpetuidad el archipiélago maltés (Malta, Gozo y Comino), a cambio del pago simbólico de un halcón anual, a la Orden de los Caballeros de San Juan de Jerusalén, que en 1522 habían sido expulsados de Rodas por los turcos. Esta Orden monástica militante, conocida desde entonces como la Orden de Malta, estuvo gobernada por el gran maestre y el Consejo —un régimen considerado como una república aristocrática y electiva— hasta 1798, cuando Napoleón Bonaparte, que se dirigía a Egipto, ocupó Malta. La invasión francesa fue impopular y los malteses se rebelaron, recibiendo la ayuda de los ingleses, quienes finalmente se adueñaron del archipiélago en 1800.

La isla de Malta, en el centro del *Mare Nostrum*, ocupaba una posición de gran importancia estratégica, sobre todo desde 1540, en que los corsarios turco-berberiscos empezaron sus correrías contra los cristianos en el Mediterráneo Occidental.

En 1557 Jean P. de La Valette, caballero de la lengua de Provenza, fue elegido 49.º gran maestre de la Orden y alentó los ataques contra embarcaciones islámicas; durante el tiempo que ejerció tal cargo, sus naves apresaron como esclavos a unos 3.000 musulmanes.

Malta pasó a desempeñar para los cristianos un papel similar al de Argel para los musulmanes. Dichos enclaves se convirtieron en el contrapeso de los dos poderes enfrentados y ambos resistieron los ataques enemigos. Así,



Aruj Barbarroja. (Fuente: www.wikipedia.org)

España no consiguió conquistar Argel, y Malta resistió a los ataques turco-berberiscos.

La conquista de Argel por Aruj Barbarroja

En Argel la situación se convirtió en explosiva al ser su soberano tributario del Rey Católico desde 1510, lo que no era del agrado de una parte de la población, en especial de los andalusíes emigrados, que vieron a los hermanos Barbarroja como sus libertadores. El soberano argelino no tuvo más remedio que aceptar la presencia de Aruj, aunque a la vez planeaba la forma de librarse de él con ayuda española.

Pero el mayor de los Barbarroja fue más rápido: se las arregló para asesinar a Selim y autoproclamarse emir de Argel. Tal golpe de Estado

generó cierta resistencia en algunos sectores de la población, pero Aruj, bien informado, volvió a adelantarse. Un viernes, aprovechando que tenía a todos sus enemigos rezando en la mezquita, cerró sus puertas y mandó degollar a veinte de los cabecillas de la oposición. Aruj se convirtió en dueño y señor de aquella ciudad, que pasó de ser feudataria de España a convertirse en regencia del sultán de Constantinopla. La nueva situación fue debida a que para frenar el imperialismo castellano a los débiles enclaves magrebíes no les quedó otra salida que entregarse al vasallaje de otro imperialismo, en este caso el turco, sacrificando su independencia política con tal de conservar la propia identidad religiosa y cultural.

Desde Argel —donde todavía el Peñón del puerto estaba en manos españolas— los Barbarroja arrasaban las costas de la Península, Sicilia y Nápoles. Aruj, tras dejar a su hermano Jeredín al mando de la ciudad, emprendió una carrera de conquista hacia el oeste, tomando Tenes y Tremecén —ciudad hoy en día hermanada con Granada—, también tributarias de la Corona Hispánica.

Carlos I, tan pronto como desembarcó en España, tuvo conocimiento de la gravedad de la situación y ordenó una expedición para recuperar Tremecén y devolver el trono a su vasallo. Así, en 1518 Aruj fue sitiado por las tropas españolas en la alcazaba de dicha ciudad. Consiguió evadirse, e incluso dio otra muestra de su astucia al ir dejando caer en su huida joyas y dinero, pero finalmente lo abatió el alférez García de Tineo, hecho que se rememora en el escudo del concejo asturiano de Tineo, en el que figura en un cuarterón la cabeza de un moro.

Jeredín Barbarroja, sucesor de su hermano Aruj

En Argel, Jeredín tomó el relevo de su hermano. Y mientras Carlos se coronaba emperador y Solimán sitiaba Viena, en 1529, el segundo Barbarroja asaltó el Peñón de Argel, terminando con la presencia española. Uno de sus secuaces, Cachidiablo, emprendió una incursión en las costas españolas, haciendo multitud de cautivos y batiendo cerca de Formentera a la escuadra de Portuondo (1529), capitán general de las galeras de Granada.

Solimán, descontento con la actuación del almirante turco, tras la toma cristiana de Corón, nombró capitán-bajá (almirante jefe) de la flota otomana a Jeredín, quien en 1533, con una potente escuadra, entró en Estambul, diseñando un plan para ocupar las grandes islas del Mediterráneo

Occidental y desde ellas asaltar las penínsulas ibérica e itálica. El flamante almirante realizó un sangriento raid contra las costas cristianas, y Francisco I, el pertinaz enemigo de Carlos V, se unió a los planes turcos. Incluso se proyectó un ataque conjunto contra Génova, pero al no cumplir los franceses lo acordado, Barbarroja regresó a Argel, aunque antes saqueó Nápoles,



Jeredín Barbarroja. (Fuente: www.wikipedia.org)

amenazó Roma y capturó Túnez, que después de derrocar a su dey, vasallo de España, se convirtió en una regencia otomana. Con esa nueva conquista dominó toda la costa de Berbería, desde Trípoli hasta Orán. La reacción imperial no se hizo esperar, y Carlos V preparó la empresa marítima más brillante de su reinado para reconquistar Túnez.

El primer fracaso español para conquistar Argel

El primer intento para tomar Argel se produjo tan pronto como Barbarroja atacó el Peñón, que contaba con una guarnición de 200 hombres batida por la artillería de la plaza. Su alcaide, el mallorquín Mosén Nicolau Quint, pidió suministro de agua, pero desde España se estimó que se debía cortar de raíz tal situación y se encargó a Diego de Vera —que había servido en Italia con el Gran Capitán y con Pedro Navarro en África— que constituyera una armada para apoderarse de Argel. Al poco tiempo, salió de Cartagena con cuarenta velas y unos 8.000 hombres, en su mayoría bisoños reclutados en los campos de Murcia.

El 30 de septiembre de 1516, se desembarcó en Argel, al abrigo del Peñón, sin ninguna dificultad, ocupando sin oposición la ciudad. Pero fuera por exceso de confianza o por negligencia, la caballería mora consiguió cargar, provocando la huida hacia la playa de las tropas españolas, donde cundió el pánico. El reembarco precipitado de Vera se saldó con la muerte de unos 3.000 hombres y el cautiverio de 400. Tal triunfo convirtió a Aruj en dueño y señor de Argel. Llamó a su lado a Jeredín, que estaba en Los Gelves, y a Mancete, otro hermano que permanecía en Lesbos, al que envió dinero para que reclutara una tropa de jenízaros —niños cristianos capturados a los que convertían en fieros y fanáticos guerreros que se inmolaban por el sultán— para que le sirviera de guardia personal. Aruj se apropió de los reinos de Túnez y Tremecén después de degollar sin contemplaciones a los jefes y a cuantos mandatarios le hacían frente. También aumentó la flota de corsarios que desde Argel asolaban las costas mediterráneas de España y desde Túnez las italianas.

Carlos V conquistó Túnez, pero no explotó el éxito y no atacó Argel

El César Carlos era emperador y señor natural de sus dominios europeos. Por tanto, para él las costas italianas y las españolas tenían la misma importancia. Todavía no se había «hispanizado», pero sí lo había hecho su esposa, la bella y culta Isabel de Portugal, que tuvo un gran protagonismo político al sustituir al emperador en sus frecuentes y largas ausencias de España. Ella fue la principal artífice de la «hispanización» de Carlos V y se convirtió en la abogada de los intereses españoles, por lo que no estuvo de acuerdo en

que la expedición fuera contra Túnez en lugar de ir primero a Argel. Pero el emperador no le hizo caso. Así, en 1535, una gran escuadra salió de Barcelona con el propio Carlos V a la cabeza, y después de conquistar el fuerte de La Goleta, tomó la ciudad de Túnez. El botín recogido fue inmenso y 20.000 cautivos cristianos fueron liberados. El emperador entonces debió haber explotado tal éxito marchando contra Argel. Pero su gran error fue dejarlo para una mejor ocasión, que durante siglos no se presentaría. Por su parte, la reacción de Barbarroja después de su descalabro en Túnez fue retirarse a Argel, después saquear Mahón y llevar a cabo razias contra islas griegas e italianas. Seguidamente expolió Rosas, Palamós, Cadaqués y Villajoyosa, fracasando todos los intentos hispanos para aniquilarlo.



Carlos V retratado por Tiziano.
(Fuente: www.wikipedia.org)

Formación de las Santas Ligas y el desastre de Préveza

En el período en el que se constituyeron las Ligas, calificadas de Santas por estar alentadas por el papa, tuvieron lugar los enfrentamientos entre las grandes escuadras de galeras cristianas y otomanas.

La primera Santa Liga moderna fue iniciativa de Pablo III, que logró poner de acuerdo, a regañadientes, al victorioso Carlos V de Túnez y a Venecia, que quería mantener a salvo sus rutas comerciales, si bien entre ambos reinaba la desconfianza, mientras Francia pactaba en secreto con los turcos.

En 1537 se constituyó la Santa Liga por los Estados Pontificios, Venecia y España; también aportaron fuerzas Génova y la Orden de Malta. Bajo el mando de Andrea Doria se reunieron en Corfú unas 200 galeras con unos 50.000 hombres, además de numerosos transportes. Las fuerzas otomanas comprendían unas 120 galeras y unos 12.000 hombres bajo el mando de Jere-dín, virrey de Argel y gran almirante turco.

Doria concentró su flota en Préveza —dentro del golfo de Arta, a unas 60 millas al sur de Corfú y cercana a Lepanto— y, a pesar de que tuvo noticias de que la flota enemiga se aproximaba, mantuvo una actitud pasiva. Tardó en salir, y cuando lo hizo sus galeras no pudieron desplegarse adecuadamente, emitiendo una serie de órdenes confusas y contradictorias. Y ocurrió el desastre, achacable a un indeciso Andrea Doria, junto a la falta de cooperación veneciana. Entre los vencidos hubo muchas recriminaciones de unos contra otros, pero lo cierto es que con una plena superioridad numérica de la flota cristiana Jeredín Barbarroja le infligió una gran derrota. En Préveza se originó el mito de que los turcos eran invencibles por mar, iniciándose el período de máximo esplendor del Imperio otomano. Los sultanes Solimán el Magnífico y Selim consiguieron extender su imperio por Europa, Asia y África, dominando un territorio que hoy abarca a 41 países. Para su expansión se aprovecharon de la lucha entre reinos cristianos, caso de España y Francia, y del terror que aplicaban sobre sus enemigos, así como de su fuerza de choque: los legendarios jenízaros.

El fracasado ataque a Argel de Carlos V y la «Política de Peñones»

En 1541, la reacción de Carlos V ante la derrota de Préveza fue ponerse al frente de una gran expedición contra Argel, pues desde dicha plaza Barbarroja continuó, a pesar de la derrota de Túnez, atacando las costas cristianas, a la vez que contactaba con los moriscos, lo que constituía una amenaza más para España, por lo que el emperador decidió conquistar Argel. El papa intentó disuadirle planteándole que era primordial atacar a los turcos en el corazón de Europa, ya que acababan de tomar Budapest. También Andrea Doria y el marqués del Vasto trataron de que abandonara tal empeño, alegando que estaban a las puertas del otoño y que se acercaba la época de los temporales. Pero Carlos V emprendió la expedición.

La flota se concentró en Baleares, saliendo de Palma el 18 de octubre con Carlos V y Andrea Doria, que era el almirante de la expedición, mientras que la escuadra de Málaga, junto con los barcos del Cantábrico bajo el mando del duque de Alba, salió con 15 galeras de Bernardino de Mendoza y unas 200 embarcaciones de todos los tamaños, llevando en ella a muchos nobles y personajes destacados, entre ellos Hernán Cortés.

El total de la expedición eran 65 galeras y unas 300 naves de guerra y transporte, 12.000 hombres de mar y para el desembarco 8.000 infantes españoles, 6.000 alemanes y 6.000 italianos, además de 3.000 aventureros y 2.000 caballeros, más unos 4.000 soldados de dotación de las galeras.

Durante la travesía desde Baleares a Argel, se desató una tormenta que hizo peligrar la flota. El 21 de octubre llegaron a las costas argelinas, pero el mal tiempo hizo retrasar el desembarco. Los marinos más notables aconseja-

ron al emperador, sin éxito, que desistiera de la operación pues, además del clima desfavorable, Argel había fortificado la costa.

En la amanecida del domingo 23, amainó el temporal y se desembarcó a pocos kilómetros de Argel. Las tropas tuvieron que vadear un largo trecho con el agua a la cintura, portando sus armas, impedimenta y víveres para tres días. Al mediodía casi toda la tropa estaba en tierra, pero arreció el temporal, impidiendo el desembarco del material pesado, los caballos y los víveres.

El lunes los imperiales comenzaron su avance, hostigados por jinetes magrebíes, divididos en tres grupos. Los españoles en vanguardia; en medio, el propio emperador, con los alemanes mandados por el duque de Alba, y por último los italianos, acompañados por 400 caballeros de Malta.

La ciudad estaba bien fortificada pero contaba con pocas tropas, unos 800 turcos y unos 5.000 moros y moriscos españoles. Los servicios de espionaje habían informado de que al comenzar el ataque muchos esclavos se rebelarían contra sus amos, pero el asalto se fue retrasando por falta de artillería de asedio y herramientas de escalada.

Empeoró el tiempo, con lluvias torrenciales y vientos huracanados, que derrumbaron las tiendas de campaña, embarraron el suelo y las tropas pasaron la noche sin resguardo. Al día siguiente el clima iba a peor, y los argelinos hicieron una salida de contraataque. Se libraron violentos combates, pero las tropas del emperador consiguieron establecer el sitio y confiaban en asaltar la ciudad.

El 24 y 25 de octubre se recrudeció el temporal, que originó el naufragio de 150 naves cargadas de víveres, municiones y caballos. Las tripulaciones de las naves naufragadas fueron pasadas a cuchillo por los argelinos. Muchas consiguieron salvarse arrojando al agua la artillería y otros elementos pesados. Doria reunió las embarcaciones supervivientes y las llevó al abrigo de un fondeadero.

Un consejo de generales decidió levantar el sitio y reembarcar, lo que fue aceptado por el emperador. Las tropas españolas protegieron la retirada. Una vez Carlos V a bordo en las naves de Doria, Hernán Cortés le pidió que le asignara tropas para asaltar Argel, pero este no aceptó la propuesta.

Durante el reembarque, que se terminó precipitadamente al volver a empeorar el tiempo, se tuvieron que tirar los caballos al agua. Algunas naves se estrellaron contra la costa y las supervivientes se dispersaron, unas a Orán, otras a Italia, Cerdeña o España. Las galeras de Doria, en las que iba Carlos V, recalaron en Bujía, donde permanecieron 20 días. El 23 de noviembre amainó el tiempo y se dirigieron a Portus Magnum, actual bahía de San Antonio de Ibiza, y posteriormente a Cartagena, donde llegaron a primeros de diciembre, pudiéndose verificar que el emperador seguía con vida, pues se había difundido el rumor de que había muerto en el ataque de Argel.

Para Carlos V el mar Mediterráneo fue secundario y la política que siguió fue discontinua; solo se lo tomó en serio cuando se puso al frente de dos expe-

diciones navales: la que conquistó Túnez y la fracasada de Argel. Tal fiasco le condujo a adoptar una estrategia de contención, y así se inició la denominada «Política de Peñones», consistente en conquistar y fortificar puntos claves e islotes en el norte de África para neutralizar los ataques berberiscos. Esos enclaves eran muy difíciles de sostener, como lo fueron Los Gelves, el Peñón de Argel (frente a la propia capital, perdido en 1529), La Goleta (frente a Túnez), el peñón de Vélez de la Gomera, reconquistado definitivamente en 1564, y en la costa tunecina la isla de Tabarca, cuya población, en su mayoría genoveses, fue trasladada a la isla Plana, frente a Santa Pola, en contra de José de Vargas Ponce, que opinó que debía asentarse en Ibiza.

Esta «Política de Peñones» era complementada por los presidios, cuya importancia estratégica era superior a la de aquellos. Con ocasión de la caída de La Goleta, Cervantes en *El Quijote* da por buena su pérdida, ya que su defensa suponía una sangría económica que no compensaba a la ventaja de conservarla. Al cabo de tantos esfuerzos en hombres y en dinero, Carlos V se encontró, al abdicar en 1555, que a levante de Orán no controlaba ningún enclave ni territorio de la costa norteafricana.

La derrota de Préveza y la alianza franco-otomana

A raíz del descalabro argelino del emperador, el rey francés Francisco I vio la oportunidad de batir a su odiado rival y pactó una alianza con Solimán: los turcos atacarían por mar las costas españolas, mientras que por tierra los franceses arremeterían contra Cataluña. Pero la resistencia en Perpiñán desbarató la operación.

Jeredín con su flota inverna en Tolón, pero no en calidad de aliado, sino como amo y señor de aquel puerto. Exigió sueldo y alimento para sus hombres, e incluso que se silenciara las campanas de las iglesias para que no les molestaran. Durante la estancia, parte de su flota realizó razias contra la isla de Ibiza y la costa catalana y levantina. En 1544 regresó apoteósicamente a Estambul, arrasando localidades y barcos cristianos que encontró a su paso. Allí pasó su último año de vida dictando sus memorias y muriendo octogenario en 1546. Como expresión de su gran prestigio, sirva su epitafio en el Mausoleo Verde, en la orilla europea del Bósforo: «Esta es la tumba del guerrero de la fe, el almirante Jeredín Barbarroja, conquistador de Túnez y Argel. Dios lo tenga en su misericordia».

Dragut y sus fallidos ataques a Malta

El turco Dragut, que ejerció la piratería con gran ferocidad, fue un protegido de Jeredín, quien en 1544 lo liberó tras permanecer cuatro años de esclavo



Batalla de Préveza. (Fuente: www.wikipedia.org)

en las galeras de Juanetín Doria, después de pagar un fuerte rescate. Dos años más tarde, tras la muerte de Barbarroja, su flota saqueó las costas de Calabria, así como Cullera y Pollensa. En 1550, Doria le tendió una trampa en Los Gelves, pero Dragut engrasó sus barcos y al arrastre salió al otro lado de la isla, dirigiéndose a Constantinopla. En 1551, junto con el almirante turco Sinán y una gran flota, invadió Malta con unos 10.000 hombres. A los pocos días, ante la resistencia de los caballeros, detuvo el ataque y marchó a la vecina isla de Gozo, tomando como rehén a la práctica totalidad de la población, unos 5.000 habitantes, para después dirigirse a Trípoli, de donde expulsó fácilmente a la guarnición de los caballeros.

Los años siguientes fueron tranquilos para Malta y los corsarios de la Religión continuaron con sus presas. Por su parte, Dragut no cesaba en sus razias, atacando las costas orientales de España en connivencia con los moriscos. Por nuestra parte, si bien rechazamos un importante ataque contra Orán, fracasó un intento para recuperar Vélez de la Gomera, lo que recrudeció el curso berberisco, extendiéndose hasta Canarias y llegando a su cénit la hegemonía otomana.

En España, en 1560, Felipe II proyectó la conquista de la isla de Los Gelves con una flota de 54 naves y 14.000 hombres, entre ellos una amplia representación de la Orden de Malta. La indecisión de Juan Andrea Doria y del duque de Medinaceli —cabezas marítimas de la operación— permitió que el almirante Pialí Pachá sorprendiera a la flota imperial. Los otomanos masacraron a 10.000 soldados que se encontraban atrincherados en tierra y otros 4.000 cristianos supervivientes fueron llevados a Estambul. Además, captura-

ron o hundieron la mitad de las galeras españolas, distinguiéndose Uchalí —así se nombra en *El Quijote* al renegado calabrés Uluj Alí—, que se convirtió en el nuevo héroe berberisco. Por su parte, García de Toledo, que acababa de relevar al fallecido anciano Doria, con una importante flota recuperó definitivamente el peñón de Vélez (1564), que desde entonces continúa bajo soberanía española.

En 1565, en este secular «toma y daca», los turcos acometieron el gran sitio de Malta con una potentísima escuadra y una importante fuerza de desembarco, a la que Felipe II, sabiéndose notablemente inferior, no se quiso enfrentar, pues en caso de fracasar hubiera quedado todo el Mediterráneo a merced de los turcos.

Sin que la escuadra cristiana corriera demasiado riesgo, un socorro desesperado de García de Toledo logró desembarcar en la isla. Con él, los turcos fueron vencidos en tierra, con Dragut muerto, y en el asalto al castillo de San Telmo levantaron el asedio y se retiraron. Uluj fue el encargado de transportar su cadáver a Trípoli y se hizo cargo del gobierno de Argel.



Carlos V y Felipe II, por Antonio Arias Fernández. Óleo sobre lienzo (1639-1640).
(Museo Nacional del Prado)

El sitio de Viena y el gran asedio de Malta marcaron el fin del expansionismo turco

Se esperaba que los turcos intentaran de nuevo la conquista de Malta, pero Solimán emprendió la ofensiva terrestre atacando Hungría, donde enfermó y murió (1566).

Mientras tanto, se iniciaba la rebelión en los Países Bajos y, dos años más tarde, en las Alpujarras la de los moriscos. Los flamencos recibieron el apoyo inglés, y los alpujarreños, afortunadamente, tuvieron escaso apoyo turco, a lo que contribuyó la armada de Luis de Requesens, que protegía la costa granadina para evitar la llegada de unos 4.000 turcos y berberiscos. Pero al final se envió a Juan de Austria, que sofocó la rebelión.

Selim, el sucesor de Solimán, eligió otra vez la mar para proseguir los ataques contra la cristiandad, pues si bien había perdido muchos hombres en Orán, Malta y Hungría, dada la capacidad de sus atarazanas bien pronto contó con muchas galeras, siendo su objetivo la neutral Venecia. En 1570, el almirante Pialí atacó la isla de Chipre, un importante enclave de la Serenísima, mientras que Uluj, rey de Argel, vio la oportunidad de reconquistar Túnez.

La constitución de la Santa Liga y la jornada de Lepanto

El papa Pío V, que desde su nombramiento venía postulando por la creación de una liga contra la expansión turca, hizo un llamamiento a las naciones cristianas e incluso llegó hasta al sah de Persia.

Venecia, antes de la pérdida de Chipre, era reticente a formar una alianza cristiana por ser su principal fuente de riqueza el comercio de las especias por la Ruta de la Seda, que transcurría por territorios turcos; pero tras la pérdida de Chipre, solicitó al papa la formación de la Liga.

España inicialmente se resistió, debido al abandono de Venecia y su firma de paz con el sultán en la primera Liga. Si la pérdida de Chipre había inclinado a la Serenísima hacia la Liga, la rebelión de las Alpujarras hizo decidirse a España, y Felipe II se avino al deseo del papa. Las demás naciones cristianas, por diversas causas, rechazaron la oferta pontificia.

El 25 de mayo de 1571 se firmó en Roma la constitución de la Santa Liga contra el Imperio otomano, correspondiendo el mando supremo a Juan de Austria. Su duración era indefinida, y contaría con 200 galeras, 100 naves de carga, 50.000 infantes y 4.500 caballos. España correría con la mitad de los gastos, Venecia con dos sextos y Roma con uno.

El objetivo de 1571 era evitar la campaña naval turca del año siguiente; por tanto, antes de la invernada de la flota había que destruir la del gran almirante Alí Pachá. Tras la decisión de ir a su encuentro, ambas flotas se encontraron en Lepanto. No nos ocuparemos de la batalla, pues en otros trabajos

insertados en este número de la REVISTA se detallan sus pormenores bajo varios puntos de vista. Solo mencionar que a bordo de la galera *Marquesa* iba el soldado Miguel de Cervantes, de 24 años, los mismos años que Juan de Austria. Al fragor de la batalla, el joven soldado resultó inútil de la mano izquierda. En el prólogo a las *Novelas ejemplares*, Cervantes escribió: «Perdió en la batalla naval de Lepanto la mano izquierda de un arcabuzazo, herida que, aunque parece fea, él la tiene por hermosa, por haberla cobrado en la más memorable ocasión que vieron los siglos pasados, ni esperan ver los venideros, militando debajo de las banderas vencedoras del hijo del rayo de la guerra, Carlos Quinto, de feliz memoria».

Tras la victoria de Lepanto el Mediterráneo permaneció a merced de los corsarios

Tras Lepanto, las grandes batallas de galeras prácticamente desaparecieron. Además, la apertura de nuevos frentes —en el Atlántico Norte para España y en Persia para la Sublime Puerta— acabó por absorber todos los recursos disponibles.

Después de la victoria, al estar la estación muy avanzada, se dio por terminada la campaña de aquel año. En 1572 murió Pío V, alma y motor de la Liga, y aunque se temió que su sucesor Gregorio XIII no continuaría, se formó nuevamente una gran armada que, bajo el mando de Colonna y Cardona, mantuvo varias escaramuzas con la flota de Uluj en el cabo Matapán. Se les unieron las galeras de Juan de Austria, consiguiendo bloquear a la armada otomana refugiada en los puertos de Modón y Navarino. No se llegó al enfrentamiento y, como el invierno ya estaba cerca, Juan de Austria ordenó el regreso a sus bases. Por su parte, Venecia abandonó la Liga y firmó la paz con el sultán.

Pareció que la victoria de Lepanto había sido inútil, pero no fue así. Los turcos habían perdido su fama de invencibles y su expansión marítima quedó frenada. En 1578, la Sublime Puerta aceptó una tregua con España y la paz acabó por establecerse entre ambos imperios. Los corsarios berberiscos perdieron el apoyo de Constantinopla, se espaciaron sus ataques a las costas mediterráneas de España, y se inició un despegue comercial en estas tierras. El Imperio otomano perdió su potencia naval, y su sueño de cerrar el Adriático, someter Venecia, ocupar Malta, Sicilia y Cerdeña e incluso provocar un levantamiento generalizado de los moriscos españoles se esfumó.

Se produjo entonces el gran cambio estratégico de la política española. El Atlántico, tanto por América como por el problema en Flandes, pasó al primer plano en detrimento del Mediterráneo. Simultáneamente, lo mismo le ocurrió al Imperio turco, al aplicar el esfuerzo a la India y Persia, que venían a ser el Flandes de los otomanos, cementerio de hombres y dinero.

Ese vacío de poder que dejaron las dos principales potencias mediterráneas lo aprovecharon los corsarios, y durante un largo período dos enclaves tuvieron un gran protagonismo: Argel, principal foco de los corsarios berberiscos, y Malta, capital de los «corsarios de la Cruz».

Nuevo intento para tomar Argel

En 1601, Felipe III organizó una gran flota que se concentró en Mallorca, formada por las galeras de España, Génova, Nápoles, Sicilia, Malta, el papado y la Toscana, totalizando 74 naves y barcos auxiliares que transportaban más de 10.000 soldados. Los informes proporcionados por los espías comunicaron, una vez más, que muchos de los cautivos cristianos se rebelarían al realizarse el ataque. La flota partió a mediados de agosto; funcionó el efecto sorpresa, acompañó el clima y el 1 de septiembre las naves se presentaron ante la rada de Argel, completamente desprevenida. El plan consistía en entrar directamente al puerto (que estaba vacío) y asaltar la muralla pero, de forma inconcebible y contra la opinión del resto de mandos, el almirante Juanetín Doria no se atrevió a ejecutarlo. Poco después dimitió, pero el mal ya estaba hecho.

En 1603, Inglaterra proclamó el fin del corso y muchos piratas marcharon a Berbería formando la «piratería anglo-turca», una alianza de protestantes y musulmanes que con la excusa de combatir el catolicismo buscaban enriquecerse. Ese mismo año se inició el apogeo de la piratería berberisca tras la expulsión de 300.000 moriscos de España. Destaquemos a los de Hornachos (Extremadura), que camino al destierro engrosaron sus filas con marineros andalusíes y fundaron la pirática República de Salé. Desde ese enclave, al norte de Rabat, sus corsarios asolaron el tráfico marítimo que transcurría por aquellas aguas.

El Levante español continuó despoblado por los «moros en la costa»

Con el siglo XVIII, la piratería, lejos de decrecer, se mantuvo e incluso aumentó en algunos períodos, como en la Guerra de Sucesión en que perdimos Orán, recuperado en 1732 con la expedición de Montemar.

Las tierras del Levante peninsular continuaron despobladas y sin cultivar por el temor de los asaltos de los berberiscos. Las poblaciones costeras se habían retirado al interior, construyendo nuevos pueblos a unos siete kilómetros de la costa, para que los asaltantes no pudieran recorrer fácilmente ese trayecto en una jornada, dar el golpe y regresar a bordo con el botín.

Testigos de aquel tiempo son las numerosas localidades asentadas tierra adentro con el mismo nombre de sus homónimas de la costa. Por ejemplo: Premiá de Dalt y Premiá de Mar, Arenys de Munt y de Mar, Vilassar de Dalt y

de Mar. Si bajamos Cataluña hacia el Sur, nos encontramos con Castellón, Valencia y Gandía con sus respectivos graos; Pilar de la Horadada y Torre de la Horadada; Mazarrón, Motril y Sóller con sus puertos respectivos. La isla de Formentera, la tierra española más cercana a Argel (135 millas), estuvo despoblada unos 200 años, e incluso Felipe II, antes de Lepanto, llegó a considerar la evacuación de Baleares.

Una idea de esta intensidad hostigadora son las numerosas alarmas de «moros en la costa» en el litoral de Cartagena, que en algunos años ascendió a un centenar de avistamientos y donde todavía perdura una significativa consecuencia: el traslado de su obispo a la ciudad de Murcia. Un cronista de la época, Gerónimo Hurtado, nos lo explica así: «La cabeza de este obispado es Cartagena y allí estaba la Catedral y el papa Inocencio V les dio indulgencia para pasarla a la ciudad de Murcia donde está ahora, por el peligro de moros de tierra y mar».

España vuelve los ojos al Mediterráneo. El ataque español contra Argel de 1775

Con la llegada de los Borbones, España volvió los ojos al Mediterráneo, intentando recuperar los territorios perdidos por el Tratado de Utrecht. En 1732, se reconquistaron Orán y Mazalquivir, perdidas en 1708 durante la Guerra de Sucesión. Y a mediados del siglo XVIII, el marqués de la Ensenada, al conocer los éxitos de mallorquines e ibicencos que por su cuenta perseguían a los berberiscos con gran valor y eficacia utilizando las mismas embarcaciones de los argelinos, introdujo el jabeque en la Armada e incorporó como teniente de navío en el Cuerpo General al patrón Antonio Barceló, quien por su valor y liderazgo llegaría a teniente general.

Carlos III decidió poner fin al mal endémico de la piratería. Así en 1775, marchó contra Argel la poderosa escuadra de Castejón, transportando un cuerpo de desembarco de 20.000 hombres del general O'Reilly que terminó en un completo fracaso, con 5.000 bajas, incluidos cinco generales muertos y quince heridos. Y el desastre no fue mayor por los jabeques de Barceló, que con sus fuegos hicieron fracasar las cargas de caballería que atacaban al ejército en retirada.

El Tratado de Paz hispano-turco

Durante el último tercio del siglo XVIII, uno de los objetivos de los sucesivos gobiernos españoles fue la normalización de las relaciones con los países musulmanes del norte de África, motivada por el deseo de una estabilidad comercial, junto con la voluntad de acabar con el secular problema de los



Mapa manuscrito español de la ciudad de Argel, donde se describen las acciones militares. (Biblioteca Nacional de España). (Fuente: www.wikipedia.org)

ataques corsarios, en especial el argelino. En esa época todavía permanecían en los emblemáticos «baños de Argel» centenares de españoles. Su número total en los 300 años que duró el conflicto ascendió a más de un millón, (sin incluir los muertos en tierra y en la mar), que fueron vendidos en los mercados musulmanes de esclavos, o «amarrados a los duros bancos de las galeras turquescas». El cautivo más famoso, Miguel de Cervantes, permaneció cinco años en los baños hasta que fue liberado por la Orden de la Santísima Trinidad y de la Redención de Cautivos tras el pago de 500 ducados.

En 1767 firmaba el Tratado de Paz con Marruecos el jefe de escuadra Jorge Juan, nombrado embajador en aquella corte, cuyo sultán el año anterior había tomado la iniciativa al enviar como embajador en Madrid a Sidi Ahmed el Gazel.

Con respecto a Argel, Floridablanca decidió utilizar como intermediarios a los trinitarios, ordenando al mandatario del Hospital Español, el padre José Conde, que iniciara conversaciones con el diván (consejo general o de ministros) sobre las posibilidades de un acuerdo de paz. El único que estaba por tal labor era el miquilarche o ministro de Marina, pero como requisito previo para el comienzo de las negociaciones el Gobierno español debería firmar la paz con el sultán de Turquía. En consecuencia, España envió una embajada a Constantinopla en un momento de gran recesión de la Sublime Puerta por su desastrosa guerra con Rusia. Floridablanca designó como plenipotenciario al alicantino Juan de Bouligny, que tras largas y delicadas negociaciones de casi cinco años, llenas de dificultades y contratiempos, logró el ansiado tratado, comprometiéndose el sultán a comunicarlo a sus súbditos de las regencias berberiscas para que a su vez negociaran la paz con España. Argel se negó a



El conde de Florida Blanca retratado por Goya.
(Foto: www.wikipedia.org)

ello, aduciendo que el tratado solo afectaba a la guerra por tierra.

Por otro lado, en agosto de 1783 el brigadier de la Armada Gabriel de Aristizábal fue nombrado para una misión relacionada con el tratado de paz y amistad concertado por primera vez entre España y la Puerta Otomana (14 de septiembre de 1782), firmado en Madrid y ratificado solemnemente en Constantinopla el mes de abril del año siguiente. Con tal ocasión, se aprestó una división para ofrecer al sultán los ricos presentes que en demostración de amistad le enviaba S. M. Católica, entre ellos la magnífica tienda que había utilizado Fernando el Católico en la campaña de la conquista de Granada. En abril de 1784, salió Aristizábal de Cartagena con los navíos *Triunfante* y *San Pascual*, la fragata *Santa Clotilde* y el bergantín *Infante*. Desempeñó la misión brillantemente y con todo acierto, por lo que fue ascendido a jefe de escuadra.

Además, consiguió que sus oficiales levantasen planos y formasen derroteros de aquellas costas tan poco frecuentadas y de todos los detalles y características de la ciudad de Constantinopla.

Los bombardeos españoles contra Argel

Como ya hemos indicado, Argel se negó a firmar la paz. Para doblegar la tozudez argelina, España decidió emplear la fuerza, y al año siguiente, 1783, Antonio Barceló condujo a Argel una flota encabezada por el *Terrible*, con otros tres navíos de línea, cuatro fragatas, nueve jabeques, tres bergantines,

veinte bombardas, diecinueve lanchas cañoneras y trece transportes. Tal flota llevó a cabo un intenso bombardeo en ocho diferentes ataques y dejó la ciudad en llamas y destruidos 22 barcos argelinos. A pesar de este castigo, estos no cesaron en la actividad pirática y reconstruyeron la fortaleza de Argel. Como se contaba que una sola acción no doblegaría a un enemigo de siglos, se declaró rotundamente que los ataques proseguirían hasta que el enemigo cediera. Así que en 1784 Carlos III ordenó a Floridablanca una nueva operación de represalia, que de nuevo llevó a cabo Barceló con su insignia en el navío *Rayo*, acompañado por cuatro fragatas, tres bergantines, doce jabeques y medio centenar entre cañoneras y bombardas. El primer bombardeo tuvo lugar el 12 de julio y duró ocho horas, rechazándose los ataques de setenta cañoneras argelinas. Después de una semana de castigo, Argel quedó devastado.

En 1785, mientras se alistaba una nueva operación de castigo, el capitán general de Baleares comunicó que, según el patrón mahonés Bartolomé Escudero, los argelinos serían receptivos a una oferta de paz. Inmediatamente se suspendieron los preparativos de la tercera expedición contra Argel. Pero el nuevo plan de Floridablanca pecó del mismo defecto que el de la primera fase de las negociaciones. Si entonces se había elegido al padre Conde y al portugués Souza, ahora se optó, revestido del carácter de ministro plenipotenciario, por José de Mazarredo, a la sazón capitán de la Compañía de Guardias Marinas de Cartagena, y al francés conde de Expilly, al servicio de España, siendo su misión preparar el camino y facilitar la llegada del marino para intentar conseguir un acuerdo en el menor tiempo posible. Pero este plan fracasó debido al alejamiento de Mazarredo de las instrucciones que había recibido y a las intrigas y conspiraciones del francés.

Mazarredo salió de Cartagena con dos fragatas y dos navíos, y a los cuatro días de su llegada a Argel fue recibido con grandes agasajos por los miembros del diván, y en una hora se llegó a un acuerdo de paz. Mazarredo se encargó de redactar los tres originales castellanos que debían traducirse al turco y que, copiados al lado de los originales y una vez completado tal proceso, el dey y el plenipotenciario español firmarían. Pero llegó tal momento y la traducción no se había hecho y fue cuando comenzó la verdadera negociación. Pero la ignorancia e ingenuidad no le permitieron ver a Mazarredo ni las maniobras argelinas ni la acción de Expilly y el cónsul francés, y cegado por lo que él creía un éxito inicial, no se ajustó a las instrucciones dadas, comprometiendo al Gobierno español y a su hacienda. Así, a modo de ejemplo, digamos que Mazarredo pensaba pedir una indemnización económica por los gastos ocasionados en la expedición de 1775 y los bombardeos, pero aconsejado por el cónsul francés en la primera reunión no lo mencionó y ahora se encontraba con que el dey le solicitaba tres millones de pesos fuertes. Después de unas prolongadas discusiones y regateos, Mazarredo aceptó el pago de un millón. Pero el dey exigió que Expilly fuera el único interlocutor y, una vez retirado

Mazarredo y tras cesiones por ambas partes, se firmó el ansiado Tratado de Paz. Pero el engaño del francés había sido total, pues Carlos III había firmado un acuerdo distinto al que rubricó el dey, siendo el cónsul español Manuel de las Heras el que descubrió que de los 25 artículos del tratado solo 10 eran coincidentes. Y además de lo comprometido por Mazarredo y de los regalos ofrecidos por Expilly a los miembros del diván, hubo que pagar indemnizaciones por la no entrega de municiones y otros materiales, así como por la liberación de los cautivos españoles en Argel.

Pero si el coste económico fue grande —nunca sospechado por Florida-blanca al comienzo de las negociaciones— el político también lo fue, en especial en lo referente a la situación de Orán, que años después (1792) prácticamente abandonaríamos debido a un terremoto y al precio que suponía mantenerlo. En todo caso, la paz resultó positiva, consiguiéndose la normalización de unas relaciones que habían sido bélicas durante trescientos años.

El 6 de junio 1822, el dey de Argel declaró de nuevo la guerra a España, manifestando que a partir de tal fecha todo barco español sería atacado por los corsarios argelinos y su captura considerada «buena presa». En esta ocasión, el *casus belli* fueron unas supuestas deudas contraídas por españoles y unos judíos en Orán y Argel. Y ante las capturas de un buen número de nuestros barcos, una acción de fuerza se contempló como inviable debido a nuestra total debilidad militar. Al respecto, recordemos que en España reinaba Fernando VII en pleno trienio liberal, con el agravante de que nuestras arcas estaban vacías. El ministro de Estado Cea Bermúdez estimó que se debía transigir a las peticiones argelinas, enviándose en dos ocasiones negociadores españoles. Pero al final, con el pago de 319.000 duros, en 1827 se puso fin a la guerra. Ese mismo año se produjo un giro inesperado: el cónsul francés Deval tuvo un serio incidente con el dey, quien llegó a golpearle el rostro con un cazamoscas, lo que originó un conflicto militar que, tres años después, concluyó con la invasión francesa y el final de la regencia argelina.

Deval, indirectamente, había realizado un último servicio a España, ya que lo más probable hubiera sido que unos años más tarde se hubiera tenido que llegar a un nuevo acuerdo con Argel por cualquier otra excusa o desavenencia. Es axiomático que cuando se llega a un acuerdo transigiendo con un chantaje económico, siempre habrá pretextos para crear un nuevo conflicto.

A modo de epílogo

Sorprende que esta guerra durara tanto tiempo y que España fuera incapaz de neutralizar esas modestas regencias que pirateaban cada una por su cuenta, pues el poder de Constantinopla era más nominal que efectivo. Pero los berberiscos contaron a su favor con los nazaríes que tras la conquista de Granada habían engrosado sus filas, a los que se añadieron los moriscos expulsados,

todos ellos con un sentimiento de venganza por el perdido al-Ándalus. Además, tenían un gran conocimiento de las costas y costumbres de las localidades asaltadas y mantenían relaciones con los moros «quintacolumnistas» de la Península.

Para España el problema de la piratería fue casi siempre marginal, al ser su escenario el Mediterráneo, el «patio trasero» de entonces, y solamente se le prestó atención en los momentos de respiro dejados por las guerras de Flandes o América, además de que Berbería no despertaba el mínimo interés económico.

La falta de un esfuerzo continuado que permitiera rentabilizar las grandes aventuras costosísimas que tuvieron lugar en momentos concretos y aislados —tal como la conquista de Túnez por Carlos V— solo buscaban un objetivo de prestigio coyuntural. Ni siquiera la gran victoria en Lepanto tuvo consecuencias prácticas que justificaran el tremendo sacrificio ni su enorme coste.

Los Estados marítimos europeos fueron soslayando este incómodo asunto de diferente manera: Gran Bretaña, el más poderoso, aunque atacó Túnez en 1654 terminó pagando un tributo de 200.000 dólares al año —igual que Francia— a los sultanes piratas de la «costa bárbara» del norte de África.

Por otro lado, desde finales del siglo XVIII los buques mercantes norteamericanos en el Mediterráneo sufrían los asaltos de los piratas berberiscos de Argel, Túnez y Trípoli, capturando sus mercancías y exigiendo un tributo para liberar a las tripulaciones. Inicialmente accedieron al chantaje para no ser atacados, pero cuando Jefferson llegó a la Casa Blanca se opuso a tal práctica y envió para impedirlo a la bisoña US Navy, que después de librar las dos guerras llamadas de Berbería —la primera de 1801 a 1805 y la segunda en 1824— consiguió derrotar a los piratas con su Mediterranean Squadron y garantizar la libre navegación por aquellas aguas. Esta agrupación naval tomó por las buenas el puerto de Mahón como base, sin que nuestro Gobierno pudiera oponerse a esta política de hechos consumados debido a la debilidad militar que padecimos en aquella época. El Mediterranean Squadron permaneció en Mahón hasta mediados de siglo, y a bordo de sus buques se formaron sus guardiamarinas hasta que en 1845 se creara la Academia Naval de Annapolis.

El último episodio de nuestro relato ocurrió en 1848, cuando España tuvo conocimiento de que, tras la ocupación del Oranesado, el mariscal francés MacMahon, al mando de una expedición por mar y por tierra, marchaba para tomar posesión de las islas Chafarinas. Cuando llegaron los franceses, un destacamento naval español al mando del general Serrano se había adelantado por unas horas, apoderándose de aquellas islas en nombre de la reina Isabel II.

Galera Real. Museo Marítimo de Barcelona.
(Fotografía facilitada por el Instituto de Historia
y Cultura Naval)

